

# “Al país de la hierba / a donde hay tierra sobrada”: Magallanes como utopía y disolución en *Poema de Chile* de Gabriela Mistral\*

“Towards the country of grass / where land abounds”:  
Magallanes as utopia and dissolution in *Poema de Chile* by  
Gabriela Mistral

Martina Bortignon\*\*

## RESUMEN

Este artículo se centra en la parte dedicada a la región magallánica de *Poema de Chile* de Gabriela Mistral. A la luz de antecedentes históricos, biográficos y de reflexiones públicas y privadas de la poeta, el objetivo es vislumbrar la importancia de la permanencia de la poeta en Punta Arenas para que ella reconozca a Chile como patria personal y colectiva desde su “exilio” en el extranjero. La hipótesis consiste en que, en esa sección del poemario, se puede identificar un impulso utópico que proyecta el futuro de la comunidad nacional (encarnada en el niño diaguíta) en Magallanes y, a la vez, se desliza hacia la disolución del sujeto hablante principal (encarnado en la madre) en los elementos naturales. El análisis evidencia que ambos movimientos están estrechamente vinculados entre sí y se erigen en su misma imposibilidad, lo que genera una paradoja que anima y tensa el proyecto escritural y personal de la obra.

Palabras clave:  
Gabriela Mistral,  
*Poema de Chile*,  
Magallanes,  
utopía, disolución.

\* El artículo es producto del proyecto de investigación Anid Fondecyt Iniciación n° 11170077 titulado “Sentir la tierra. Un estudio comparado de la relación entre ser humano y territorio natural desde una dimensión sensorial y de sentido en obras italianas, chilenas y estadounidenses”, del que la autora es investigadora responsable. Adicionalmente, se inscribe en las líneas de investigación del Centro de Estudios Americanos de la Universidad Adolfo Ibáñez. El artículo está basado en la ponencia “¿Tierra despoblada? El Chile nacional y personal de Mistral desde la productividad de la distancia”, presentada en el Simposio Internacional “Literaturas hispánicas hoy”, Centro de Estudios Académicos Avanzados de la Universidad de Zagreb, Dubrovnik, Croacia, 1-3 de julio de 2019.

\*\* Italiana. Doctora en Lingue Letterature e Società por la Università Ca’ Foscari, Venecia, y Doctora en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Académica de la Universidad Adolfo Ibáñez. [martina.bortignon@uai.cl](mailto:martina.bortignon@uai.cl)

## ABSTRACT

This essay is about the section of *Poema de Chile* by Gabriela Mistral dedicated to the Magallanes region. Considering historical and biographical information and some of Mistral's public and private writings, the aim is to understand the relevance of the period the poet spent in Punta Arenas to recognize Chile as a personal and collective homeland to her during her “exile” abroad. The hypothesis consists in the idea that it is possible to appreciate, in that section of the work, a utopic impulse that projects the future of the national community (impersonated by the Diaguita child) on Magallanes and, at the same time, the slipping and dissolving of the poetic subject (impersonated by the mother) into the natural elements. The analysis shows that both aspects firmly mingle together and stem from their impossibility, generating a paradox that stands at the core of Mistral's artistic and personal project.

Keywords:  
Gabriela Mistral,  
*Poema de Chile*,  
Magallanes,  
Utopia,  
Dissolution.

## Introducción: la relevancia de la sección magallánica en *Poema de Chile*

En 1922 —año en que sale rumbo a México, invitada por José Vasconcelos para colaborar en la Reforma Educacional de ese país— Gabriela Mistral empieza un periplo laboral, intelectual y existencial que la mantiene lejos de su país y que, de a poco, va tomando los rasgos de un autoexilio de su tierra natal.

Efectivamente, en 1922 Gabriela Mistral tiene 33 años y morirá a los 68 años en Nueva York, es decir, vivirá más de la mitad de su vida en el extranjero, volviendo a Chile solamente tres veces y por muy poco tiempo. Los motivos y los alcances de este amor a la distancia por su tierra, unido a la imposibilidad psicológica de volver y a las estrategias creativo-afectivas para mantenerse apegada y alejada a la vez de su país, son de sumo interés tanto literario como humano. *Poema de Chile* es la obra poética en la que Mistral plasma este lazo contradictorio y complejo con su patria. Se trata de un proyecto que la acompañó durante la segunda parte de su vida, acentuándose su escritura a partir de la década del 40<sup>1</sup>, y que fue publicado póstumamente en 1967, a partir de una recopilación de manuscritos realizada por su albacea Doris Dana. Como es sabido, *Poema de Chile* se estructura sobre una tríada de personajes —una mujer fantasma, un huemul y un niño indio— quienes recorren el país de norte a sur, deteniéndose en los parajes naturales y evitando cuidadosamente las ciudades y sus habitantes. Ciertamente, en el poemario es reconocible un mensaje para la colectividad, condensado en una alegoría. La mujer-madre-fantasma (quien *vuelve* a Chile desde el extranjero y el más allá, personificando así de manera descentrada y problemática la fidelidad a la madre-patria) le hace entrega a un niño (que representa a la comunidad nacional en pañales) la promesa y la experiencia de una tierra palpada, caminada y vivida con emoción regional, para que la ame y la trabaje. Sin embargo, en los versos también se puede detectar la inquietud personal de la misma Gabriela Mistral por revivir, desde el extranjero y a

---

1 La estudiosa Soledad Falabella (2010) afirma que Mistral comienza a elaborar esta obra al salir de Chile en 1922 (“Poema de Chile...” 52), mientras que, según determina Grínor Rojo (1997), el proyecto escritural como tal toma forma a finales de los años 30 (292-293).

través de la mediación literaria, los lugares y las atmósferas familiares que ella tanto añora.

La autora está muy consciente del convivir de estas dos aristas, puesto que en el poema “Despedida”, le hace declarar a la fantasma “Yo bajé para salvar / a mi niño atacameño / y por andarme la Gea / que me crio contra el pecho / y acordarme, volteándola, su trinidad de elementos. / Sentí el aire, palpé el agua / y la Tierra. Y ahora vuelvo” (Mistral, *La Pollera* 341)<sup>2</sup>. Como anota Soledad Falabella, “*Poema de Chile* se constituye en un discurso “vivo”; sus espacios abiertos, inconclusos, frutos de la confluencia de rupturas en distintos planos, son el resultado de una profunda toma de consciencia del quehacer personal, tanto estético como ético” (“Qué será...” 75). Queda patente en las palabras de la investigadora la doble responsabilidad enunciativa que Mistral toma en cargo, en tanto figura pública que da cuenta ante la comunidad de una convicción y una fe acerca del “poder ser” de Chile, que la poeta ha ido configurando justamente a raíz de su experiencia de extranjería, padecida y elaborada a nivel privado y personal.

La dimensión individual y la colectiva son, pues, las dos vertientes que animan el proyecto escritural de *Poema de Chile* y exigen ser leídas en conjunto, en el entendido que como se discutirá en las próximas páginas, tanto el regreso imaginario de Gabriela Mistral a la tierra de Chile como la visión de un futuro para la comunidad chilena se erigen en su misma imposibilidad. Tal antinomia estéticamente productiva se comprueba a lo largo de todo el poemario, pero de manera especial en los poemas dedicados a la zona más austral de Chile, el área magallánica, ya que en esa región se puede reconocer un punto de inflexión tanto a nivel ideológico como existencial para la autora. Quizás sea por el hecho de colocarse al final del viaje pro-

---

2 Nos hemos basado en dos ediciones de *Poema de Chile*: la de la editorial Pomaire de 1967 y la de La Pollera al cuidado de Diego del Pozo, publicada en 2013 luego de una primera edición no comercializable en 2010. Esta última es una recopilación que incluye 59 poemas que no se encontraban en la edición de 1967 y que se rescataron, desde un conjunto monumental de 40.000 manuscritos inéditos, luego de la muerte de la albacea de Mistral, Doris Dana. Curiosamente, a pesar de esa importante integración, la sección final de la edición de La Pollera no presenta un conjunto de poemas que sí aparece en la edición del 1967, de manera que se ha vuelto particularmente necesario considerar ambas versiones del poemario. Como regla general, en las citas nos referiremos a la edición de La Pollera (Mistral, *La Pollera* p.), acudiendo a la versión de Pomaire (Mistral, Pomaire p.) en caso que allí aparecieran poemas excluidos en la más reciente.

tagonizado por el trío de personajes es que el sur del país adquiere un estatuto peculiar, marcado por un sentimiento de futuridad y de promesa, es decir, de nuevo inicio, al mismo tiempo que marca el término de la travesía y, por ende, da paso a la despedida y al cierre. A la luz de lo anterior, el presente ensayo hace hincapié en la sección final del poemario, sugiriendo la hipótesis de que allí se puede identificar un impulso utópico que proyecta el futuro de la comunidad nacional (encarnada en el niño diaguíta) y, a la vez, se desliza hacia la disolución del sujeto hablante principal (encarnado en la madre) en los elementos naturales. El objetivo fue demostrar que ambos movimientos están estrechamente vinculados entre sí y se erigen en su misma imposibilidad, generando una paradoja que anima y tensa el proyecto escritural y personal de la obra.

Para comprender las razones que llevan Mistral a visualizar en el territorio austral dicha promesa colectiva e individual, a nivel metodológico se propone contrastar el análisis textual con una revisión del período que Mistral transcurrió en Punta Arenas (1918-1920) como directora de un liceo de niñas e intelectual encargada de coadyuvar en la configuración de una identidad chilena en dicho territorio de frontera. A su vez, será importante dar cuenta del lugar enunciativo desde el que se da cuerpo a la imaginación utópica que florece como intuición en tierras australes en la creación poética: la dimensión de un exilio, ciertamente más existencial y autoelegido que obligado, en el que Mistral se sitúa anímica y vivencialmente respecto de Chile en sus años de errancia en el extranjero.

## El exilio como ámbito de enunciación poética de una doble verdad

Jaime Concha (2015), uno de los críticos más influyentes de Mistral, utiliza la palabra exilio cuando se refiere a la lejanía de la poeta de su tierra, visualizándola a ella

en andanzas a las que solo por eufemismo puede dársele el nombre de “exilio voluntario”. Debía pasar en el extranjero, si no quería que sus relaciones se envenenaran, ya que su destino económico dependía totalmente del Ministerio de Relaciones Exteriores, de la política de turno y de dictadores como Ibáñez del Campo o González Videla. (37)

Si bien en el caso de Mistral no se trata de un exilio impuesto con la violencia por un gobierno autoritario, considerando lo anterior y la antipatía de la poeta hacia la arrogancia y el ninguneo de la clase alta chilena puede hablarse de un exilio necesario de cara al “ambiente hostil de una sociedad cerrada” (Zavala, “Escribir desde el exilio” 70), como eficazmente lo interpreta desde su propia experiencia de exiliada la escritora portorriqueña Iris Zavala. Por otro lado, Grínor Rojo aporta una reflexión muy acertada respecto de los factores psicológicos que mantienen a Mistral alejada de su patria:

Gabriela Mistral no vuelve a Chile porque no puede, porque espiritualmente esa es una decisión que ella no se siente capaz de tomar. En la unión de la pesadumbre del desarraigo con la imposibilidad de ponerle fin, porque hay en ella algo que se resiste a un cumplimiento en el terreno mismo de su apetencia de respirar el aire de la patria de nuevo, afínca la raíz última del dilema que la aqueja y todas las ambigüedades que esparció a este respecto durante años, a veces culpando al país y en otras admitiendo, más o menos veladamente, que el problema estaba en ella y solo en ella, van a parar al mismo nudo. (317)

La convergencia entre factores externos y una situación anímica contradictoria e irresuelta redundante en el caso de Mistral en la figura del exilio *lato sensu*, si es cierto, como observa el estudioso argentino Nicolás Hochman (2018) en su interesante estudio genealógico acerca del término, que el exilio es “un concepto en permanente resignificación, poroso e inestable, que no solo es diferente para cada sujeto, sino que sus raíces etimológicas tampoco están claramente definidas” (8). Proponemos, entonces, que el exilio es la circunstancia existencial desde la que Mistral escribe la mayor parte de su obra y en especial *Poema de Chile*, connotándose como el marco intelectual, emocional y vivencial desde el cual la poeta recuerda y revive su patria en su poesía y, para el caso de nuestro estudio, lleva una serie de proyecciones sobre la región de Magallanes.

Entre las etimologías y relativas resonancias filosóficas que cita Hochman, rescatamos tres, vinculándolas con posibles líneas interpretativas del exilio que se reflejan en la experiencia de Mistral. La etimología comúnmente aceptada —Hochman sigue aquí a Sánchez Sottosanto— hace derivar la palabra exilio de las combinaciones “ex

*silire* ('ser obligado a dar un salto') y *ex solare* ('ser quitado del propio solar, la propia tierra')" (6). El exilio sería así el sinónimo de un destierro angustioso. De igual modo, el psicoanalista catalán Miquel Bassols (2019) hace un análisis del exilio que converge útilmente hacia esta noción. El autor afirma que la verdad que está en el corazón de la condición del exiliado es la de "estar sin ser": el destierro, el "quedar literalmente fuera de la tierra, sin tierra" (s/p). El exiliado "reside" en lugares, pero le queda prohibida la posibilidad de "ser" en plenitud, de meter raíces profundas. Es así como, en un paradójico volcamiento hacia los contrarios, el "ser" que logra compaginar el exiliado se hace especialmente volátil, incapacitado de "estar" realmente en el lugar de adopción: un "ser sin estar". A su vez, el exiliado accedería a la posición liminal de una Antígona actualizada, quien encarna una verdad intolerable, reprimida, "sepultada viva", y la anuncia a su comunidad; una verdad que puede ser visualizada y dicha solamente desde el exterior, desde el límite ambiguo del ser sin estar y del estar sin ser, pero que por lo mismo no será aceptada por el mundo de los que creen ser y estar sin opacidad alguna. Escribe Bassols que "un exiliado no deja de serlo hasta que no ha hecho escuchar la verdad de la que es portador en el lugar de donde fue excluido, des-terrado" (s/p).

La verdad acerca de su país que Mistral "ve neto y mira sin pestañeo" (Mistral, "Agrarismo en..." 110), y sigue repitiendo hasta el cansancio a lo largo de los años, es que cada ser humano está destinado a poseer, trabajar y cuidar su propia parcela de tierra, por lo que se necesita proceder a "la subdivisión de la propiedad agrícola, (...) una de las pocas cosas esenciales para que una democracia exista, se toque como carne y hueso, eche sombra, ande y convenza a sí misma" (107). La verdad personal con la que carga Mistral es la terrible duda de que para ella ya no hay patria real posible, de que está condenada a una orfandad esencial. ¿Podríamos decir, en este sentido, que *Poema de Chile* es el lugar ficticio en donde Mistral puede hacer oír su verdad, la verdad que el Chile real no quiere escuchar, y abrirse así las puertas para regresar a un lugar que la acoja? En este sentido, *Poema de Chile* vendría a ser el lugar imposible para una verdad imposible, que acoge el retorno imposible del sujeto.

Otra derivación etimológica mencionada por Hochman es la que propone Jean-Luc Nancy (2001). En su texto "La existencia exiliada" el

autor deduce la palabra exilio de “ex y la raíz de un conjunto de palabras que significan ‘ir’; como en *ambulare*, *exulare* sería la acción del ‘exul’, el que sale, el que parte, no hacia un lugar determinado, sino el que parte absolutamente” (2). La movilidad como característica fundamental del exilio transforma este último en un sitio de reapropiación de lo propio —precisamente, el acto de “ir”— y, sobre todo, lo vuelve “asilo”. El exiliado construiría “por sí mismo la propiedad de lo propio: en su exilio, está al abrigo” (4). En el caso de Mistral, el exilio-asilo se proyectaría hacia el cobijo que le presta la luz de la utopía emplazada en Magallanes. Podemos apreciar que se trata de una visión del exilio instalada en el horizonte de la promesa, es decir, bajo la influencia de la tradición judeo-cristiana (basta recordar la condición errante del pueblo judío, en camino hacia la tierra prometida, o bien, la expresión “*exsules filii Euae*” para identificar a los creyentes en el himno católico *Salve Regina*, quienes piden ser admitidos a la presencia de Cristo “*post hoc exsilium*”). Este es un elemento de crucial importancia para decodificar el significado que Mistral, quien notoriamente se formó en los textos bíblicos y los transfunde ampliamente en su escritura, le asigna al exilio. Como veremos, la inquietud de la hablante de los poemas por dispersarse e insinuarse debajo de la piel de los elementos naturales convierte la tierra patria en ese asilo abrigador que está en la línea de fuga o destino final del exilio.

En una línea símilmente positiva, Giorgio Agamben (1996) en “La política del exilio” propone que la condición de exiliado sufre un viraje hacia el empoderamiento si se analiza dentro del ámbito lexical del derecho romano, para el cual el exiliado es un *bandito*, es decir, objeto de un *bando* (decreto de destierro) de parte de la autoridad, pero paradójicamente sujeto soberano en la toma de decisiones sobre su propio destino. Esto visibiliza la dimensión política del exilio, la que no reside en la obligación de irse, sino que es consecuencia del acto de irse, finalmente supeditado a la voluntad soberana del individuo mismo. Podemos deducir de esto que la palabra del exiliado, incluso su mismo cuerpo y su misma vida, se connotan políticamente, haciéndose portavoces y manifestaciones concretas de una verdad de poderosas implicaciones al mismo tiempo personales y colectivas. Es así como la verdad que Gabriela Mistral notifica en su poesía también se hace patente y comunicable en su acto biográfico de marcharse y mantenerse fuera de Chile. Se trata de una fisicidad liminal que, en la óptica

de Agamben, pone en crisis las categorías mismas en que se funda la nación-Estado, lo que plantea una interesante y productiva contradicción, por una parte, entre el impulso sustancialmente colaborativo de Mistral en los años magallánicos hacia el proyecto de chilenización del sur extremo —entendido como implementación de la presencia del Estado en garantía de progreso humano y en defensa de los más débiles— y, por otra, la opción por una patria utópica, habitada por deserrados sin nación, que ella plasma en su poesía desde la perspectiva posterior del exilio.

## Alcanzando la tierra prometida: el territorio de Magallanes en la biografía de la autora

La estadía de dos años en Punta Arenas, desde el 1918 hasta el 1920, representa una vuelta de tuerca en la vinculación de Gabriela Mistral con su país. Como anota Grínor Rojo,

al hablar de la Antártida y por extensión de la provincia de Magallanes, (...) Mistral actualiza en su conciencia la unidad que también en esa lejana comarca se establece entre el hombre y la naturaleza, la misma unidad que comprendiera solo a medias al enfrentarse con la aridez del desierto nortino y que da por supuesta cuando desliza los ojos sobre la familiar transparencia de su propio valle. (259)

Es decir, Magallanes se configuraría en la memoria biográfica, creativa e ideológica de la autora como el borde existencial y geográficamente extremo desde el que ella se asoma, poco antes de irse para siempre, para reconocer a Chile en su conjunto. En su visión, se trata de un país caracterizado por una potencialidad de correspondencia entre seres humanos<sup>3</sup> y territorio y por la proyección de justicia social que germinaría de esta última. Las prosas periodísticas o de carácter personal redactadas acerca de esta región a lo largo de los años, así como el mismo *Poema de Chile*, dibujan la trayectoria de valoración de la

---

3 Cabe especificar que, siguiendo el ideario político-social de Mistral acerca de la conexión con la tierra, esta categoría se traduciría preferentemente en el conjunto de los pueblos originarios, los chilenos trabajadores tanto del mar como de la tierra, las mujeres y los niños, dejando en el borde externo a “la burguesía magallánica (...) satisfecha ella con el hierbal y el pastoreo ovejuno, (que) apenas tenía contacto con el otro Chile que, en chalupas o barcas a lo polinesio, angosta como el pez espada, cabalgaba el mar frenético y mal afamado desde los tiempos del Gran Portugués” (Mistral, *Pensando a Chile* 78-79).

vivencia de dos años en Punta Arenas en pos de una toma de conciencia ideológica que es al mismo tiempo fabulación poética y fundación mítica. En este apartado, nos concentraremos preponderantemente en las primeras, con el objetivo de destacar el papel de la experiencia biográfica en la resignificación de la zona austral como promesa y utopía.

De este modo, la percepción lúcida por parte de la poeta de lo que es y puede llegar a ser Chile en el espejo metonímico de Magallanes, se debe a que su misión allí consistía justamente en colaborar con la formación de la identidad chilena; por ende, pensar en qué era Chile y en cómo bajarlo a la realidad fue la principal ocupación de Mistral durante esos dos años. Según lo dispuesto por el Ministro de Educación Pedro Aguirre Cerda, Mistral llegó a Punta Arenas para “reorganizar un colegio ‘dividido contra sí mismo’ y ayudar a la chilenuzación de un territorio donde el extranjero superabundaba” (Mistral, *Vivir y escribir...* 55), objetivo que Mistral llevó a cabo no solamente en su rol de directora de liceo, sino que como profesora de cursos vespertinos gratuitos para obreras y personas analfabetas, editora de un periódico y organizadora de una biblioteca, entre otras actividades. La percepción de Mistral de que “Magallanes casi no es Chile; estamos como al margen de la vida nacional” (Mistral, *Bendita mi lengua sea...* 76), y de que literalmente había que construir Chile desde los cimientos, implantando una idea de unidad nacional en las conciencias de los habitantes de este territorio liminal, no es una licencia poética, sino que corresponde a una realidad histórica. Aún en los años de permanencia de Mistral, Magallanes era “territorio de colonización”<sup>4</sup>, un estatuto

---

4 “En términos burocráticos, [los territorios de colonización] eran unidades a cargo de un intendente de colonización o gobernador —usualmente de rango militar— que contaba con las mismas atribuciones de su equivalente, intendente o gobernador, en el escalafón civil. La línea de dependencia los supeditaba al presidente de la República, a un intendente o a un ministro del Estado, lo que habla del alto nivel de discrecionalidad y contingencia con que funcionaron estas unidades. La inexistencia de protocolos generales para la asimilación de las tierras ocupadas dio paso a una pluralidad legal y práctica que resultó eficaz para el Estado, pero generalmente lesiva para los habitantes de esas regiones” (Estefane 101). La región de Magallanes “fue además laboratorio de otras soluciones administrativas inéditas, como las ‘comisaría rurales’, institución sui generis montada para ‘la vigilancia de los campos’. Las comisaría funcionaron entre 1902 y 1927 reforzando la policía y seguridad pública de zonas aisladas, donde los problemas de conectividad podían alentar la ocurrencia de delitos o dejar a la deriva a las vanguardias de colonización. Se trató de una respuesta experimental ante la inadecuación del diseño administrativo regular, instalando protocolos de prevención y anticipación propios de zonas de alta vulnerabilidad” (118). En suma, durante la permanencia de Mistral en

que se mantuvo hasta 1929 por tratarse de una zona que estaba siendo apropiada por privados y colonos de distintas nacionalidades, en un marco de legalidad dudosa y mínima presencia de la administración estatal. Según lo planteado por la estudiosa Magda Sepúlveda (2017), Mistral es una intelectual totalmente consciente de la urgencia de “llevar los principios legales hasta el territorio austral” (58) y representa en el poemario a las islas del extremo sur como “fuera de la ley y de hallazgo o del conocimiento del Gobierno central” (58), lo que implica, según argumenta Sepúlveda, que Mistral auspicia la intervención del Estado chileno en términos de regulación y protección de los más indefensos, especialmente de los indígenas. En este panorama, resulta bastante iluminadora respecto de las motivaciones que empujaban a Mistral a visualizar Chile como un país aún en proceso de formación una anécdota relativa a su trigésimo cumpleaños: quizás cómplices las necesidades pedagógicas propias de las clases de geografía que dictaba en la escuela nocturna, Mistral aprovechó un obsequio que le hizo su amiga Laura Rodig consistente en cuarenta libretas nuevas, para empezar a sistematizar la flora, la fauna y la geografía de Chile (Reyes 32). Posiblemente, puede retrotraerse a ese 7 de abril de 1919 la germinación de la idea de un futuro *Poema de Chile* que la poeta, a su vez, regalaría algún día a sus compatriotas.

Por otro lado, el período transcurrido en el sur extremo le deparó a Mistral una vivencia imborrable a nivel personal. La experiencia de una ajenidad esencial, encarnada en la larga noche y en el viento hostigador y helado a los que la poeta no estaba acostumbrada, le permitió aguzar su visión del territorio nacional desde la discrepancia con los parajes familiares. Según ella comenta acerca de una velada de año nuevo en la que participó, única “forastera”, en plena pampa, el sur le enseñó el asombro de la extensión: “(m)e acuerdo de la granja perdida en la pradera desatada: cuarenta kilómetros a norte o a sur para encontrar una majada. (...) Estamos sentados en torno de un fuego grande

---

Punta Arenas, el territorio magallánico se regía por un estatuto y unas prácticas que lo asemejaban bastante al far west norteamericano, donde llegaban inmigrantes de distintas nacionalidades a trabajar en las industrias balleneras y ovejera y a colonizar la pampa como trabajadores de grandes estancieros o por cuenta propia, en un contexto sumamente disperso donde la presencia del Estado, de sus instituciones y garantías no se alcanzaba a percibir o se encontraba aún en un dificultoso y frustrado proceso de implementación.

que alumbra hasta donde puede esa llanura en que yo, hija de quebrada, aprendí el goce y la dignidad del espacio” (*Bendita mi lengua sea...* 77). Por sobre todo, la zona magallánica se le aparece a la poeta como el punto de enlace entre la imaginación y la realidad, una tierra de ensoñación y fantasía. En el ensayo “La Antártica y el pueblo magallánico”, de 1948, Mistral recuerda haber recibido alguna vez en sus clases vespertinas a “unos chilenos inéditos para mis ojos” (*Pensando a Chile* 77). Se trataba de reos políticos e indígenas alacalufes quienes

me contarían la escapada de los conjurados, los trances de la pampa y el nadar en aguas medio heladas, husmeando entre los matorrales encubridores, hasta alcanzar la ciudad de Punta Arenas. Yo miraba y oía a los fugitivos, con novelaría de mujer lectora de aventuras, pero, sobre todo, devota de Gea, nuestra madre, y de sus ‘claros misterios.’ (78)

Es patente en este fragmento la avidez con que Mistral escucha los relatos de hazañas increíbles y la excitación con que se lanza a imaginar horizontes deslumbrantes, así como la naturalidad con la que admite su fe en los poderosos misterios de la madre tierra. En otras anotaciones de carácter íntimo posiblemente posteriores<sup>5</sup>, Mistral asevera su atracción por la diferencia patagónica, por el poder arrebatador de su naturaleza desenfrenada, por lo descomunal que se desdibuja en prodigio. Reproducimos a continuación una muestra: “Es una pelea espectacular de exterminio entre continente y océano, océano desatado. Hay veces que me parece a mí aquel semillero de islas, una especie de desovamiento de un ser mitológico que hubiera sembrado todo en ese extremo sur” (*Bendita mi lengua sea* 91); “El mar austral nuestro es maravilloso. Yo lo he navegado en varias ocasiones, y en la imaginación parece que estas islas se van tocando, estas islas que parece que son sirenas mucho más auténticas que las sirenas europeas” (91); “Al subir esa bandada enorme [de pájaros] cubrió el sol en muchas partes. Yo tuve la sensación de que la tierra volaba, de que la tierra se me iba con esa subida repentina de alas que me hizo sentir que mis pies se quedaban sin suelo” (92-93). En estos fragmentos, vemos a una Mistral

---

5 Se trata de notas no fechadas de carácter personal que integran el Cuaderno de la Patagonia y fueron publicadas recién en 2019 en el trabajo recopilatorio de Jaime Quezada, junto con otros cuadernos y papeles inéditos.

arrebataada por la belleza de la naturaleza salvaje del sur, ansiosa de comulgar con los elementos y fantaseando con su potencialidad mítica.

Según se puede desprender de lo anterior, la visión de las inmensas praderas australes, la imaginaria exploratoria y fantasiosa del “territorio extremo y (...) el aquarium ante-polar” (*Vivir y escribir* 57), unidas a la admiración por la “inquietud que es siempre un fermento de progreso” de la ciudad de Punta Arenas que le hace afirmar a Mistral haber “visto aquí la realización de una democracia que en otras partes solo he oído nombrar”<sup>6</sup> (57-58), connotan a la zona austral de Chile como una tierra disponible a acoger tanto el ensueño como la utopía, instalándola de esta manera en una postrimería no solamente de latitud, sino también de temporalidad.

## Destinos entrelazados: una disolución individual que no termina y una promesa colectiva sin pertenencia

Este fabulado borde extremo de Chile, cargado de futuro y expectativa, a cuyo empuje Mistral no fue ajena, sino con el que colaboró activamente, es el lugar donde la fantasma de *Poema de Chile* con poética coherencia vuelve para reencontrarse con la epifanía originaria que Mistral vislumbró allí en sus años juveniles: la unidad de la tierra y de la gente chilena. Es el mismo borde utópico donde la fantasma entrega finalmente al niño diagueta, que ella estuvo instruyendo y educando durante todo el camino en el amor a la naturaleza y en la fe en la obtención de una “parcela / muy medida y muy contada” (Mistral, *La Pollera* 257), y donde se entrega ella misma a la disolución para encaminarse hacia su patria definitiva, la muerte. El final y el fin del viaje suponen la terminación personal y el inicio colectivo, si bien en el poemario es-

---

6 Mistral expresa en muchos lugares su admiración por Punta Arenas, llegando a afirmar que “Conozco Chile y no he visto en ninguna parte como aquí hacer la grandeza de la ciudad, como un monumento de piedra a piedra, multiplicar los servicios, hacer llegar acción a todas partes y no solo en forma de autoridad, sino de cooperación cálida” (*Bendita mi lengua sea* 81). Sin embargo, Mistral debió necesariamente también estar al corriente de la feroz represión del movimiento obrero y anarquista que se vivió en la región magallánica en los mismos años en que ella residía en Punta Arenas. Magda Sepúlveda abre el capítulo sobre la Patagonia colonizada de Desolación con las luchas de los obreros y posterior represión con un desenlace fatal entre 1919 y 1920; acto seguido, nombra la matanza de los Selk’nam y la devastación del paisaje natural por parte de las industrias ganaderas, viendo así en varias composiciones del primer poemario de Mistral un reflejo de esta doble tragedia.

tos dos segmentos no se alinean en una temporalidad consecutiva ni logran desanudarse realmente. Se trata más bien de una confluencia inevitable que se va delineando incluso antes de que el trío de personajes llegue al sur, específicamente en una anticipación que insinúa el final del poema “Concón”, cuando la mamá profetiza:

Cuando te deje en tu playa  
si escoges el ser costero,  
me vas a hacer una barca  
como otros no la tuvieron.  
Yo te veré calafate,  
que no piedra del desierto:  
y sin sorber blanco polvo  
todo mar navegaremos. (119)

La mamá entrevé en el futuro del niño una promesa austral: dejando sus orígenes atrás (“piedra del desierto”), él se identificará con el calafate, una baya negro-azulada que es símbolo de la región magallánica<sup>7</sup>. En el borde costero, frente al irresistible llamado a la libertad que el mar siempre representa para Mistral, el niño construirá para su mamá una barca especial que les permita a los dos navegar “todo mar”. Se transparenta aquí la memoria clásica de la barca que transporta las almas al otro lado del río infernal, aunque la vemos lanzada en una aventura en donde la madre y el hijo permanecen juntos, sin lograr despegarse la una del lado del otro. No es ajena a este fragmento la anotación de Mistral en sus años magallánicos de que ella vive la “tortura, el escepticismo y la inmensa tristeza de que el hijo y solo el hijo salvan” (*Vivir y escribir* 61): el fin de la madre se coagula en el futuro del niño, y, en él, ella se salva a sí misma; aunque sabe que debe irse y dejarlo ir para que él crezca e ingrese a su destino, pospone el adiós en el desvarío de una navegación en su compañía.

Los poemas sobre la región de Magallanes confirman este binomio enlazado de manera indisoluble entre el destino individual de la mamá-Mistral y el destino colectivo del niño-pueblo chileno. La Patagonia es representada como una tierra-madre joven, recubierta de

---

7 El calafate (*Berberis microphylla*) es la fruta de un arbusto que crece en la Patagonia más austral. Aparece mencionado en un verso del himno de Punta Arenas (“El que come calafate ha de volver”) y protagoniza un mito Selk’nam-Tehuelche.

un manto de “hierba niña” (Mistral, Pomaire 237); las islas en que se pulveriza son asimiladas a una “nidada”, y asociadas con una virginidad embriagada y báquica (241). Tales connotaciones de doncellez y potencial fertilidad recalcan la dimensión de futuridad y nuevo inicio que simboliza esta región para Mistral. Por otro lado, en los versos que describen la tierra austral es posible entrever una proyección de algunos rasgos de la persona de Mistral: “Dicen que Dios no la quiso / por lo yerta y lo lejana (...) y porque la puebla un río / de gentes aforestadas” (Mistral, La Pollera 328). En la caracterización de la Patagonia, el sujeto puede leerse a sí misma a partir de su lejanía y autoaislamiento de la sociedad arribista y centralista de Chile —“oye mentir a los tontos / y suelta tu carcajada” (328)—. Posicionándose como huérfana y errante por antonomasia, encontraría su lugar de pertenencia entre personas que no pertenecen: los extranjeros y los desterrados entre quienes, siguiendo en esto último a Magda Sepúlveda, encontrarían cabida también los pueblos indígenas magallánicos, por haber sido despojados de sus tierras y exterminados. La zona austral representaría, entonces, el territorio más antitético a la idea de nación que se pueda pensar: la patria de quien ya no tiene patria y carga con ese estigma de ajenidad, incrustándolo en los cimientos mismos de la nueva comunidad que se genera. Vemos aquí concretarse la misión de un exilio empoderado que niega la nación-Estado y construye desde cimientos propios una idea distinta de patria, fundada en el sentimiento del exilio como asilo, según lo anteriormente propuesto. Una paradoja que ve germinar entre gentes unidas solo por su condición de forasteras la promesa de generar terreno fértil para la utopía. ¿De qué utopía se trata? Según recita el final del poema “Magallanes”, esta coincidiría con el “país de la hierba / a donde hay tierra sobrada / a donde las gentes se ayudan / y viven hombres de casta: / que es el país de la hierba / en el cual todos se aman” (Mistral, Pomaire 336). Magallanes es retratado como un país donde hay tierra en abundancia; además, la reiterada señalación de la presencia de hierba parece indicar la suposición de una fertilidad simbólica, relacionada con el amor recíproco y la nobleza de ánimo de sus habitantes<sup>8</sup>.

---

8 La alusión a los “hombres de casta”, un tópico común en Mistral, cobra un valor peculiar aquí porque refrenda los rasgos vinculantes de la comunidad sin acceder a concretarlos lo que apunta, como bien señala Fernando Pérez (2006), a la inoperancia y a

A esa tierra de promesa la fantasma no puede llegar personalmente, más bien envía al niño, mientras ella debe dirigirse a otro puerto, allí donde “mi madre, mi padre y Yin / y todos los de mi raza” (Mistral, Pomaire 336) la están llamando. La imposibilidad y al mismo tiempo la inevitabilidad de solapar los ámbitos de lo personal y lo colectivo, de lo biográfico y de lo utópico, se vuelve a reflejar en el poema “Patagonia II”, cuando la sujeto afirma que “Llegar allá me quisiera / a la mesa de los hielos, / donde el país era de todos, / y más anchos tierras y cielos (...) Mas solo podría ir / como las aves del Estrecho (...) alegre y loca yo iría / ebria de gozo y anhelo. / Padre el Polo y Madre hierba / por viva y muerta me habrían” (Mistral, Pomaire 330-331). La fantasma desearía arribar (o, mejor dicho, volver) al lugar biográfico donde en los años 20 vislumbró una posibilidad de comunión y apertura, de reparto fraternal de la tierra, de apoyo mutuo, de avance democrático; fuera de la metáfora, un lugar real, histórico, palpable y efectivamente habitable. Sin embargo, está consciente de que a estas alturas solo le queda la posibilidad de atravesar el estrecho con la imaginación, en espíritu y no en cuerpo, tal como lo hacen las aves migratorias. El país de sus aspiraciones al cual ambiciona unirse se coloca en un deseo futurible y no en un presente realizable. Es así como lo único que le queda es cumplir esa travesía última para entregarse a los elementos naturales paternos y maternos en la condición paradójica de una muerta que vive o de una viva ya muerta: un ente inclasificable e inmanejable que difícilmente puede encontrar un descanso definitivo.

Sin embargo, ella anhela responder a los llamados que se hacen más y más insistentes en los poemas que cierran esta obra. En el poema “La hierba”, la Patagonia es la “verde patria que me llama / con largo silencio de ángel” (Mistral, Pomaire 240) en que la sujeto puede rendir su alma como rendido está el viento patagón y exteriorizar su cuerpo en hierba “inmensa y desvalida, solo silencio y espalda, palpítor rei-no vivo” (239) que se pliega frente al viento y por eso mismo sobrevive, aguantando. A continuación, podemos apreciar unas estrofas de este

---

los límites mismos del concepto de comunidad, incluso en Mistral: “una idea que, en todas sus realizaciones efectivas, tiende a ser un sistema de exclusiones, o, aún peor, de inclusiones forzadas y homogeneizantes. En otras palabras, es posible que cualquier concreción de la utopía comunitaria resulte infernal, insoportable” (“¿Qué será...” s/p).

largo poema, en las que la hablante poética se representa involucrándose activamente con la hierba y el viento.

Hierba del aire querida,  
pero hierba apenas siseada.  
Pase el viento, escape el viento,  
quiero oír a la postrada.  
La oveja le dice “Madre”,  
el viento le dice “Amada”.  
Yo no te quise doblar  
con dedos ni con guadaña.  
Yo esperaba que callases,  
Arcángel de manos alzadas,  
para escucharle el respiro,  
de niña que gime o canta.  
Pasta la oveja infinita,  
de tu grito atribulada  
y una cubro con mi cuerpo  
y parezco, así, doblada,  
una mujer insensata  
que ama a los dos, trascordada.  
Todo lo quiere arrasar  
el Holofernes que pasa.  
A la vez ama y detesta  
como el hombre de dos almas  
y en el turno que le dieron  
agobia y abate o alza. (Mistral, Pomaire 238-39)

La hablante poética se posiciona a sí misma en el medio de la pampa en una posición prona que sugiere protección y adherencia física en cada parte del cuerpo; una posición que la acerca a la insensatez y al desvarío en el olvido de sí misma (“insensata”, “trascordada”). De ahí pronuncia su declaración de amor por la hierba y por el viento. Hacia la primera, expresa empatía, delicadeza; quiere escuchar su voz apenas siseada y gemida, por ello manda a callar el viento en su expresión más estruendosa que se roba toda la escena auditiva. Sin embargo, hacia el viento siente una atracción visceral. El viento es asimilado en este poema a un Arcángel y a Holofernes, un general bíblico de especial crueldad. Es interesante notar la connotación sexual contradictoria

que se le atribuye al viento: amante arrasador y violento, aunque como su análogo humano puede “alzar” a su pareja; y, a la vez, presencia angelical que, si el Arcángel aludido corresponde a Gabriel, lleva en sí implícita la promesa de la concepción divina y de la redención. Destacamos esta valoración ambivalente del viento porque da cuenta de la fascinación de Mistral, revisada anteriormente, por los elementos naturales desmedidos del territorio magallánico, a los que ella se entrega en una mezcla de aterramiento, placer y asombro. “El recuerdo mío de Magallanes es, sobre todo, un recuerdo auditivo: el de un viento descomunal. (...) a mí me daba un gran espanto, un espanto especial. Todos nos acordamos de que cuando niños teníamos cierto gusto de tener miedo (...) me dan ganas de volver a tener miedo, y miedo del viento” (Mistral, *Bendita mi lengua sea* 93-94).

Además de dichas declaraciones de amor tanto vocales como físicas, este poema ofrece múltiples variaciones e incluso repeticiones léxicas de las voces y texturas del viento y de la hierba<sup>9</sup>, para el uno, casi se tratara de un conjuro o de un encantamiento. Pareciera que la sujeto intentara, a través de la palabra, agarrarse de los elementos y hacerse una con ellos, lo que le permite seguir emitiendo su voz; por ejemplo, su resistencia a despedirse de la tierra incluso cuando el cierre, tanto geográfico como poético, es inminente puede reconocerse en la asimilación con la hierba reducida a un “nonada” que aun así sigue balbuceando, emitiendo “su infinita palabra” (238)<sup>10</sup>. Es especialmente sugerente leer este impulso por mantenerse debajo de la piel de las cosas amadas, por dejarse ir sin realmente abandonar el plano de la vivencia material y común, a la luz de una identidad concebida, según plantea Fernando Pérez, desde lo sonoro —como ritmo o eco— o desde lo místico —como “algo disperso,

---

9 Algunos ejemplos para la hierba: “siseo innumerable”, “latiendo y ondulando”, “postrada”, “balbuceada”, “temblor”, “infinita palabra”, “siseada” (Mistral, Pomaire 237-238).

10 Se corona en la región más austral de Chile una capacidad de repartición y dispersión del sujeto en los elementos naturales que la hablante parece copiarle a Dios —aquí representado como una divinidad de derivación más espinoziana que veterotestamentaria— quien, en el poema “Lagos y volcanes”, se transforma en agua: “Aquí Dios se hizo pedazos / cansado de estar entero (...) Quería mirar lo que hizo, / no ser visto, pero verlos / y allegársenos partido / por no asustarnos entero, (...) Se ha vuelto agua y se recoge / con las dos manos en cuenco” (Mistral, *La Pollera* 283). En esta visión de una interpenetración del sujeto con los elementos influyen seguramente las creencias teosóficas y conocimientos de espiritualidades alternativas que la poeta cultivó a lo largo de su vida.

atravesado por su participación en el mundo que lo rodea” (“Desplazamiento...” 123).

## Una utopía personal y colectiva impracticable

Cabe preguntarse en este punto cuál es la practicabilidad de esta utopía colectiva y personal que Mistral proyecta en el extremo sur del país, ya que ella convoca justo aquí las dos vertientes que recorren como hebras de un mismo hilo todo el poemario. Por un lado, el sueño de una tierra donde cada persona pueda tener su pedazo de propiedad acorde con las capacidades de trabajarlo y cuidarlo (una suerte de socialismo agrícola) no se refleja en la realidad histórica de Magallanes del tiempo de Mistral. En efecto, entre finales del siglo XIX y principio del siglo XX, la colonización del territorio magallánico veía los arrendatarios de tierras fiscales y las familias de colonos en estancias de pequeñas dimensiones sobreviviendo a duras penas al lado de latifundios ganaderos enormes en manos de grandes sociedades, como la famosa Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, todo ello a expensas de los habitantes originarios, los Selk’nam, quienes fueron exterminados por los mismos estancieros (Martinic y Campbell 25). Ya en la segunda década del siglo XX, el sector ganadero empezó a declinar debido al surgimiento de la producción neozelandesa en el mercado mundial, desencadenando una serie de protestas contra la concentración de la tierra en manos de pocos, lo que desembocaría en la introducción de medidas destinadas a una distribución equitativa de las hectáreas recién a finales de los años 30 (Memoria chilena s/p). Es decir, la utopía de un territorio donde hubiese espacio para todos no estaba relacionada con la realidad, y solo se puede admitir si se mantiene en el espacio de la especulación. Llama la atención que la promesa siempre reiterada al niño atacameño de que tendrá su propia huerta es emplazada en uno de los lugares más inhóspitos y climáticamente rudos de Chile, implicando de alguna manera su propia imposibilidad. De manera paralela, el “superchileno” (Mistral, *Pensando a Chile* 45) que Mistral quiere reconocer en el patagón, así como la visión de la región como “el pedazo más democrático del país, la gente con más sentido de protección, con la mayor probidad social, y yo diría que la más civilizada gente de mi país” (45), adhieren

a una idea de fraternidad alargada y laboriosa que también pertenece más al reino de la utopía que al de la realidad histórica<sup>11</sup>.

Por otro lado, el viaje imaginado de la mamá fantasma, alter ego de Mistral, a través de Chile no culmina en una partida definitiva e irrefutable. El sujeto merodea el territorio incluso en los instantes finales de su marcha, parece no ser capaz de despegarse de la tierra de su deseo y añoranza. En la óptica del concepto de exilio anunciado al principio del artículo, como sugiere Lacan en sus *Escritos*, el lugar propio lo llevamos pegado, nos sigue y nos persigue “ya que por lo que respecta a lo real, por muchos cambios que podamos hacer, está siempre y en todo caso en su lugar, lo llevamos pegado a la suela del zapato, sin que conozcamos nada que nos pueda exiliar de él” (Lacan citado en Bassols, “El doble...” s/p). Bassols reconoce en esta dinámica un exilio estructural, en cuyo marco lo real vuelve como un péndulo siempre al mismo centro. “Es precisamente este real el que no cambia nunca, el que vuelve siempre al mismo lugar en una repetición incesante más allá de toda migración geográfica. Y es este real el que se hace más difícil de soportar y elaborar en la propia experiencia del exilio” (“El doble...” s/p). Es así como Mistral suma a la despedida “oficial” de la fantasma una serie de desvíos *por* y reencarnaciones *en* los elementos naturales, destinados a acoger partes del sujeto y mantener vivo su mensaje murmurado. La disolución de la mamá fantasma no conlleva su desvanecimiento total, sino que constantemente intenta dejar residuos y remanentes en todo lo que toca. Literalmente, el lugar de su real le queda pegado como tierra debajo de sus pies como en la bella imagen que nos ofrece Lacan. Es una disolución por dispersión y no por desaparición: una extinción imposible.

---

11 Es bastante iluminador el hecho de que, en el poema “El reparto de tierra”, la justicia agraria está marcada por el despertar mesiánico de las poblaciones autóctonas (“despierta Cautín”, Mistral La Pollera 258), “volvió el Imperio de los Incas” (260) junto con el regreso de la Madona, así como que redunde en una escena campestre en que conviven “vendimiadores, hortelanas, / de Malloco y de Aconcagua, / y los niños que murieron / antes de correr sus huertos” (260). Los niños muertos que reviven son un detalle a la vez tierno e inquietante, ya que posicionan este día “lleno de futuro” (261) en una suerte de más allá, imposible de alcanzar sino en una perspectiva mítica o religiosa.

## **Conclusión: *Poema de Chile* como patria utópica y tumba del alma**

Como se ha podido averiguar a partir de una lectura paralela de textos biográficos y poéticos, una paradoja anima las dos vertientes del proyecto ideológico y poético de *Poema de Chile*, a saber, la utopía colectiva y la disolución individual. La paradoja consiste en que el deseo de realizarlos y la imposibilidad de que sean conseguidos, en el aquí y el ahora de la poeta, cohabitan. En esa coexistencia reside la verdad indecible de Mistral como creadora: el nudo psicológico-existencial que está a la base de la composición del poemario residiría, como sugiere Fernando Pérez, en que la “distancia respecto del origen” de Mistral vendría a ser la “única manera de aprehenderlo” (“Desplazamiento...” 122).

De la misma manera, desde el punto de vista de Mistral intelectual e ideóloga, la conversión de la comunidad nacional en un país moderno gracias a una reforma agraria que permitiría a cada persona poseer y cuidar su propia parcela de tierra acogería la tensión del Chile como “voluntad de ser”, tal como Mistral la definía en sus prosas, en el seno de una concepción maternal de la relación con el territorio. Eso se debe a que, como anota Magda Sepúlveda, Mistral “no cree en la modernidad de la fábrica, como espacio de liberación, sino en permanecer en lo agrario, aunque lejos del latifundio” (35), porque para ella “el pasado no pasa, ‘somos los que fuimos’” (34). La temporalidad de la patria se remansa en un futuro ya pasado porque huye indefinidamente hacia la infancia, colectiva e individual. Efectivamente, en su análisis del poemario Grínor Rojo afirma que “el presente que Gabriela Mistral disminuye y/o borra de la página es el presente histórico, el de lo intolerable histórico. El pasado que recuerda y el futuro que anticipa son, en cambio, tiempos míticos ambos. El Chile al que Mistral “puede” regresar, pero al que puede regresar solo por vía del sueño y en calidad de fantasma, es el Chile de la nostalgia y de la profecía” (326-327).

El pasado y el futuro, la nostalgia y la profecía, son dimensiones por definición imposibles de importar al ámbito de la realidad entendida como presente de la acción. Coincidimos con Rojo en que Mistral moldea su poemario a partir de esos dos ejes, con la consecuencia de que es el mismo *Poema de Chile* en tanto poemario (es decir, lugar imaginario) que surge como patria utópica para los chilenos trabajadores y receptáculo del alma de Mistral, y recalamos la idea de que es precisamente la

imposibilidad de que esos dos recorridos lleguen a puerto definitivo lo que anima el proyecto escritural y personal de la obra, haciendo de esas aspiraciones algo tan humano, poderoso y conmovedor.

## Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio. “Política del exilio”. *Archipiélago*, no. 26-27, 1996, pp. 41-52.
- Bassols, Miquel. “El doble exilio de la verdad”. *Intervención en el Fórum “Exilio”*, *Zadig, La Movida Latina, México*, 2019.
- Concha, Jaime. *Gabriela Mistral*. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2015.
- Estefane, Andrés. “Estado y ordenamiento territorial en Chile, 1810-2016”. *Historia política de Chile, 1810-2010. Tomo II, Estado y sociedad*. Eds. Iván Jaksic y Francisca Rengifo. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2017, pp. 87-137.
- Falabella, Soledad. “‘Qué será de Chile en el Cielo?’ Propuesta de lectura para Poema de Chile de Gabriela Mistral”. *Revista Mapocho*, no. 39, 1996, pp. 71-78.
- . “Poema de Chile, sus manuscritos y la valoración del legado de Gabriela Mistral”. *Estudios Filológicos*, no. 46, 2010, pp. 43-57.
- Hochman, Nicolás. “El origen del exilio. Una genealogía posible”. *Tram[p]as de la Comunicación y la Cultura*, no. 83, 2018, pp. 1-27.
- Martinić, Mateo y Duncan Campbell. “Las comisarías rurales del antiguo territorio de colonización de Magallanes (1902-1927)”. *Magallania*, vol. 38, no. 1, 2010, pp. 19-35.
- Memoria Chilena. “Punta Arenas y la economía magallánica (1848-1950)”. Memoria Chilena, 2019. Recuperado de <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-784.html>
- Mistral, Gabriela. *Poema de Chile*. Santiago de Chile, Editorial Pomaire, 1967.
- . *Poema de Chile*. Santiago de Chile, La Pollera Ediciones, 2013.
- . *Pensando a Chile. Una visión esencial sobre nuestra identidad*. Comp. Jaime Quezada. Santiago de Chile, Catalonia, 2015.

- \_\_\_\_\_. "Agrarismo en Chile". *Por la humanidad futura. Antología política de Gabriela Mistral*. Ed. Diego Del Pozo. Santiago de Chile, La pollera, 2015, pp. 107-113.
- \_\_\_\_\_. *Vivir y escribir. Prosas autobiográficas*. Comp. Pedro Pablo Zegers. Santiago de Chile, Universidad Diego Portales Ediciones, 2015.
- \_\_\_\_\_. *Bendita mi lengua sea. Diario íntimo*. Comp. Jaime Quezada. Santiago de Chile, Catalonia, 2019.
- Nancy, Jean-Luc. "La existencia exiliada". *Revista de Estudios Sociales*, no. 8, 2001, pp. 1-4.
- Pérez, Fernando. "¿Qué será de Chile en el cielo? *Poema de Chile*, de Gabriela Mistral. Soledad Falabella. Reseña". *Cyber Humanitatis*, no. 37, 2006. Recuperado de [https://web.uchile.cl/vignette/cyberhumanitatis/CDA/texto\\_simple2/0,1255,SCID%253D18486%2526ISID%253D646,00.html](https://web.uchile.cl/vignette/cyberhumanitatis/CDA/texto_simple2/0,1255,SCID%253D18486%2526ISID%253D646,00.html) (14 de agosto de 2019).
- \_\_\_\_\_. "Desplazamiento y metamorfosis: Gabriela Mistral". *Persona y Sociedad*, vol. 20, no. 2, 2006, pp. 113-126.
- Reyes, Claudia. *Gabriela Mistral. La Serena*, Editorial Universidad de La Serena, 2017.
- Rojo, Grínor. *Dirán que está en la gloria... (Mistral)*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Sepúlveda, Magda. *Gabriela Mistral. Somos los andinos que fuimos*. Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2017.
- Zavala, Iris. "Escribir desde el exilio". *Hispanamérica*, vol. 39, no. 117, 2010, pp. 65-72.